

Cuadernos del CILHA N.º 44 – 2026
Publicación continua | Ensayos
ISSN 1515-6125 | EISSN 1852-9615
CC BY-NC 4.0 international
pp.1- 6
Recibido: 12/06/2026 – Aceptado: 13/06/2026

Palabras que caminan junto a *Andamos perras, andamos diabras* de Cristina Rivera Garza

Walking Words for Andamos Perras, Andamos Diabras by Cristina Rivera Garza



Carla Faesler
Escritora
Ciudad de México

Resumen

Este texto que acompaña la presentación de *Andamos perras, andamos diabras* (2021, Dharma Books) en el Colegio Nacional, presenta los inicios de la configuración poética en la obra de Cristina Rivera Garza, destacando la dimensión política, feminista y experimental de una joven escritora que, desde finales de los años ochenta, comenzaba a imaginar nuevas formas de habitar y representar el mundo común.

Palabras clave: Cristina Rivera Garza, *Andamos perras, andamos diabras*, configuración poética

Abstract

This text, which accompanies the presentation of *Andamos perras, andamos diabras* (2021, Dharma Books) at the Colegio Nacional, examines the early formation of Cristina Rivera Garza's poetics, highlighting the political, feminist, and experimental dimensions of a young writer who, in the late 1980s, was beginning to imagine new ways of inhabiting and representing the common world.

Keywords: Cristian Rivera Garza, *Andamos perras, andamos diabras*, poetic configuration

I.

En la segunda página de *La Guerra no importa*, título original de *Andamos perras, andamos diabras*, el cuarto cuento de *Andamos perras andamos diabras*, Cristina Rivera Garza (2021) pone en voz de Marina una escena de profunda contemplación en la que observa a Cristóbal inmóvil frente a una ventana abierta. Desde su perspectiva, esa quietud suspende el transcurso del tiempo y transforma al personaje en una figura casi escultórica: bella, solitaria y relegada al espacio urbano. Marina incorpora esa imagen a una suerte de colección íntima de estatuas ignoradas por el mundo, cuyo único reconocimiento proviene de su propia mirada y de un silencio que las preserva.

Esta última frase me hace reír, me imagino a Cristina, al poeta Juan Carlos Bautista, por ejemplo, o a cualquier amiga diciéndola en clave pose de Vogue Betty Davis, en esa época y ahora mismo, en un bar o una

cantina, refiriéndose a algún excéntrico personaje de la noche que está por ahí, candidato a ser escultura de mármol o bronce de su particular acopio. Pero hay algo más, pienso, en esta idea divertida y aguda, graciosamente pretenciosa e inteligente de Marina, la personaje. Rivera Garza, en este momento, tiene 23 años y está por ganar, con este libro, el Premio de Cuento San Luis Potosí (1987). Aquí, está empezando a escribir ya no sólo para sí misma - adivino que escribía desde hace muchos años en cuadernos, libretas, como tantas otras escritoras, en hojas de papel, ¿tal vez un diario, de niña? - aquí está abriendo su puerta al mundo compartido que es la escritura con un libro de cuentos que entre sus páginas avanza, me parece, una especie de "poética", una posible concepción de su propio trabajo creativo: el personaje, vuelvo a leer: "se acaba de convertir en otra figura dentro de mi colección de estatuas desperdiciadas por el arte, sólo valoradas por mi silencio y mi

visión". Mi mente lectora destaca estas líneas entre las páginas, más allá del toque de humor. Sigo leyendo, termino el libro y lo cierro un momento. El concepto "estatuas desperdiciadas" sigue ahí, en mi cabeza, no se ha diluido con el avance de las historias, ni entre sus personajes extraordinarios o sus situaciones límite. Me imagino esculturas: claro, pienso, Cristina era, a sus 23 años, una buscadora de estatuas que el arte, desde su punto de vista, no aprovechaba y que ella observaba con detenimiento desde el silencio y su visión propia como artista, desde el suelo. Cito más alusiones a la idea: "El torso es bello de una manera no esencial", "Cualquiera diría que esa figura, esa representación de lo real, es un hombre desconcertado que no puede hablar", "Cristóbal, de mármol, empieza a destruirse ahora", "la única estatua, la mía", "ya no es una estatua, lo pruebo, todavía sabe a sal", "ella siguió ahí, sin embargo, parecía una estatua, un nuevo santo", etc. El concepto me atrae como una posible manera, entre tantas que existen, de leer este libro. Hay esculturas.

Las estatuas son una forma antigua de fijar nuestra atención en algo, es una manera de poner delante nuestro, detenidos para su mejor apreciación, los hechos y las ideas que nos parecen importantes en un momento dado para luego hacerlas caer, por supuesto, derrumbarlas, si son de políticos o personajes históricos aborrecibles. Vaciar los pedestales es también un modo de actualizar la mirada colectiva sobre los asuntos públicos. Pero aquí estamos en el terreno de las estatuas del arte, son esculturas, y de lo que la autora, en ese momento, considera ignorado, ¿tal vez por distracción?, ausente en esa zona en la que ella se inicia, en la que ya está desempeñándose como artista que escribe a finales de los años ochenta. El arte, podríamos decir, es un espacio en el que compartimos los modos y las maneras de pensar la forma, su percepción e interpretación, no sólo a nivel puramente

estético, obvio, sino también a nivel político, social, económico, histórico, etc. Es una experiencia colectiva que sucede, generalmente, en el espacio común y es ahí en donde imagino a Cristina, en ese momento, entrando con audacia para proponer, discutir y alimentar con su "silencio y su visión", la estética vigente en los imaginarios colectivos de ese entonces. No es que no hubiera personajes como los de este libro en la literatura, por supuesto: seres viviendo al límite, despojados, seres perdidos, alienados, heridos, seres condenados, marcados por la violencia y la sensación de vacío. Los epígrafes de cada cuento nos hablan de los autores que frecuentaba: Bret Easton Ellis, Henry Miller, Alan Finkelkraut, Burroughs, Guillermo Marín, canciones de Janis Joplin que en esos días marcaban su punto de vista sobre el mundo y su búsqueda estética. Lo que yo estoy viendo es a esta joven autora imaginando y re-imaginando el espacio común para construir el suyo propio, que era la Ciudad de México, y poblarlo de siluetas, perfiles, contornos y figuras cautivantes, enigmáticas, terribles, dispersas frente a ella, y que irá reuniendo, resaltando poco a poco a lo largo de sus tramas. Estamos inmersas en el paisaje urbano de la desesperanza y la inmovilidad de esos años, que la Cristina veinteañera está curando, por así decirlo, para lograr un guion que exprese su propio punto de vista, a ras de suelo, a ras de suelo: ese territorio que seguirá explorando en los libros que escribirá en los próximos años. Aquí estamos leyendo a una chica hiperpolitizada, militante, inmersa en la discusión feminista y anarquista, que devora libros, que discute en su "Círculo Marxista" el capítulo 24 sobre la acumulación originaria de *El Capital* - ha platicado ella en entrevistas. Una joven mujer que, como sus colegas de la UNAM, vive de manera un tanto nómada en la ciudad monstruo, practicando una crítica radical a las cuestiones de propiedad y de

género. Asunto clave, sabemos, en el universo de Cristina. Aquí, en *Andamos perras andamos diabras*, se está fraguando su estética, eso que se llama estilo, Cristina está inspeccionando, auscultando sus materiales y sus herramientas, que afinará, adaptará e inventará a lo largo de su vida como escritora. Las figuras, esas efigies talladas por la realidad, que aprovecha, distinguirán, con sus contornos, sus perfiles y sus texturas puestas en el terreno común del arte, el imaginario artístico que Rivera Garza, en este libro, empezaba a esbozar.

II.

Como ya se ha señalado en los innumerables estudios sobre la obra de la autora, sus libros están en constante diálogo entre ellos mismos, hablan unos con otros, todo el tiempo, tanto en sus aspectos formales como en los temáticos. *Andamos perras, andamos diabras*, es el esqueleto de *Verde Shanghai*, y es, también, el título de una pequeña sección de *El Invencible Verano de Liliana*, en donde Cristina nos platica sobre sus personajes y sobre la presencia acompañante de su hermana en los días en los que envió el manuscrito al premio de cuento y lo ganó. Los ochenta están terminando. El libro se presenta por primera vez en El hijo del Cuervo, un bar en Coyoacán: “Liliana estuvo ahí. Ella estuvo siempre ahí”, es la frase que cierra ese pasaje.

Los relatos que posteriormente integrarían *Andamos perras, andamos diabras*, proyecto que en un comienzo llevaba el título *La guerra* no importa, fueron concebidos como textos autónomos que, aunque podían leerse de manera independiente, se articulaban mediante una trama deliberadamente tenue. Rivera Garza señala que su intención era construir una suerte de novela fragmentaria, inestable y siempre al borde de la disolución. Esa estructura respondía a la manera en que la autora experimentaba la

Ciudad de México en aquel momento: un espacio urbano percibido como una red precaria y laberíntica, donde la sensación de encierro coexistía paradójicamente con la imposibilidad de encontrar una salida.

Leer este libro es conocer, o bueno, reconocer, entender, ubicar, el germen de toda la obra que Rivera Garza ha desarrollado a partir de ese entonces. Y eso a mí me parece muy emocionante. Este libro no sólo es la columna vertebral de *Verde Shanghai*. El volumen también marca la aparición de Xian, un personaje recurrente que Cristina Rivera Garza comenzó a construir mucho antes de concebir su primer libro de cuentos. Según relata la autora en *El invencible verano de Liliana*, en aquel período escribía una serie de relatos centrados en una joven llamada Xian, quien intentaba escapar, casi siempre sin éxito, de hombres y mujeres que le ofrecían el amor. A través de este personaje, Rivera Garza exploraba una visión crítica del amor, entendido como una construcción basada en ficciones y autoengaños. Con el tiempo, esos relatos fueron multiplicándose hasta conformar, sin que la autora lo advirtiera inicialmente, el conjunto que daría origen a su primer libro de cuentos.

La autora caracteriza a Xian como un personaje marcado por los excesos y el fracaso: bebe en exceso, huye constantemente, recurre a la mentira y encadena experiencias fallidas. Sus vínculos, tanto con hombres como con mujeres, se presentan como ambiguos y atravesados por afectos difusos y pasiones melancólicas que terminan por diluirse entre el humo de la ciudad y el alcohol. En ese universo narrativo, el deterioro parece alcanzar todas las dimensiones de la existencia, hasta el punto de que incluso el deseo de vivir se va descomponiendo.

En *Andamos perras, andamos diabras*, ya están sembradas las estrategias creativas que distinguen la personalidad artística de

Rivera Garza: la siempre inquietante manera de desconcertarnos como lectores a través de esa sintaxis fantasmagórica que incesantemente nos descoloca no sólo en la dimensión espacio/tiempo sino en las identidades mismas de los hombres y mujeres, y perros y palomas y ratas, y todos los seres que pueblan sus libros y que, de alguna manera, desestabilizan la experiencia lectora a través de su construcción formal y sus lacerantes, iluminadores, cuestionamientos existenciales. Siempre la incertidumbre, siempre la duda, el cuestionamiento, la pregunta siempre. La prosa en clave poesía, así, o al revés, quién sabe, no importa, sigue leyendo.

Resulta posible pensar este libro como el inicio del recorrido literario de una Cristina Rivera Garza de apenas veintitrés años, todavía estudiante universitaria, cuya experiencia vital se encontraba profundamente atravesada por un intenso deseo de libertad. En *El invencible verano de Liliana*, la autora evoca esa etapa como un período marcado por la participación política, la vida colectiva, las mudanzas constantes y una dedicación casi obsesiva a la escritura. Entre máquinas de escribir, hojas en blanco y una existencia en permanente movimiento, fue tomando forma el personaje de Xian, cuya presencia se volvió cada vez más insistente. Rivera Garza sugiere que, a través de este personaje, exploraba deseos, impulsos y formas de actuar que ella misma no se permitía vivir plenamente, aunque deja abierta la posibilidad de que la relación entre autora y personaje operara también en sentido inverso.

Por cierto: cuando empecé a escribir este texto y acudí a ese libro, no pude ya parar, como en la primera vez. Me fui, me fui en la relectura de ese maravilloso texto, hasta el final. Sentí otra vez, de nuevo, todo. Me volvió a desarticular los huesos del corazón, me volvió a mojar los ojos de todo el cuerpo

hasta inundar el centro de la tierra en la que vivimos.

En mi mente están todas las manifestaciones de solidaridad y cariño para las hermanas Rivera Garza que este libro motivó. La calle, las pintas, las marchas, los gritos. Sentir cómo la escritura se articula con las otras, les otras, los otros, que es la propuesta artística de Cristina en su sentido más amplio y abarcante, incluyente, definitivamente horizontal, de horizonte. Esa dimensión política, del arte, la de la desapropiación, la de escribir entre, con y para, las otras, les otras, los otros. La escultura social, pienso o la escultura como arte social, a ras de suelo, a ras de suelo. Aquí estamos con las Rivera Garza, esas chicas que se abrazan festejando el reconocimiento que ganó este libro, esas chavas que se intercambian los lentes porque la escritora quiere salir con los quevedianos - que le regaló a la arquitecta - en las fotos del premio de cuento que le van a tomar en unas horas. Estamos con estas dos hermanas, brillantes, intensas, comprometidas y fiesteras, tiradas en la cama platicando sus cosas, discutiendo la vida. Tomo esta esta imagen de *El invencible verano de Liliana*. Al lado, me imagino, en el suelo o en la mesa del comedor que es más bien de las tareas de la carrera de Liliana, está el manuscrito de *Andamos perras, andamos diabras*, que acaba de ser engargolado para envío. Es un bonche de páginas que está cargado, electrizado de todo eso que luego, muchos años después, experimentaremos como uno de los universos artísticos actuales más profundos e inteligentes, de los pocos que dialogan de frente, sin miedo, sin eufemismos y sin equívocos con el mundo de hoy, con lo que estamos viviendo, con lo que nos está pasando. Una propuesta que piensa lo que sucede y produce teoría (pienso en *Dolerse*, en *Los muertos indóciles*) para que haya asideros, para que haya palabras, palabras para nombrar el horror contemporáneo y las dinámicas

cambiantes de los sociopolítico. Y aquí estamos, ahora, presentando el libro larva, el libro bacteria, el libro espora que se expandió rizomático - hoy prefiero decir micorrízico - en el ecosistema de ideas e imaginación artística que nos nutre, nos da

vida, nos da ganas de construir. Sí, sí, el futuro. Ese futuro que, sabemos, sólo existirá si lo imaginamos y luego lo hacemos una realidad.

El Colegio Nacional, 16 de julio de 2025

Referencias

Rivera Garza, C. (2021). *Andamos perras, andamos diabras*. Dharma Books.

Rivera Garza, C. (2021). *El invencible verano de Liliana*. Random House.